

Capítulo 7

Formación en la etapa del Seminario Mayor

François Benolo, C.M.

Provincia de Madagascar

Podemos decir que el seminario mayor es el último paso en la formación inicial de nuestros misioneros. Es el paso del estado secular al estado clerical del seminarista. Por eso debemos dar importancia a este periodo de formación. Permítanme explicarlo detalladamente.

Puesto que es el último paso, puede haber una tentación de asumir riesgos, tanto por parte del formador, como por parte de los que están en la formación. Los formadores pueden tener una tendencia a preguntarse si están tratando con adultos plenamente formados, así que tendrán con frecuencia la tentación de controlar incluso los pequeños errores de los seminaristas, no sólo para corregirlos, sino más bien para ejercer su propia autoridad, o en un escenario de peor caso, para encontrar razones de despido. En la psicología humana, a veces puede existir la tendencia a ser más sensible a las faltas de otros que a sus cualidades. Pero la nueva *Ratio Formationis* ayudará a corregir esa tendencia.

En el mismo contexto, pero de otro modo positivo, los formadores podrían confiar demasiado en la madurez de estos jóvenes, dejándoles solos, con la idea de que esto es un proceso válido de autoformación de adultos. Cuando esto ocurra, no se tomarán tiempo para estar presentes y atentos a las necesidades de la casa de formación. Gradualmente, esto puede ocurrir a las personas que se están formando como una falta de compromiso, una presencia pasiva reemplaza a un formador activo. En este caso, conociendo la falta de compromiso de un formador, los que se están formando pueden tener una tendencia a no mostrar su verdadera identidad que, como con todos los seres humanos, tiene tanto aspectos positivos como aspectos negativos. Consiguientemente, durante su tiempo en el seminario mayor, pueden ocultar (de una forma hipócrita) su verdadera personalidad hasta después de la ordenación, cuando la revelación de su verdadera personalidad salga a la superficie.

Otra dificultad que puede ocurrir es que estos jóvenes puedan pensar que como adultos se encuentran en el punto final de su formación, y no necesitan más ser corregidos. O quizás puedan engañarse creyendo

que pueden saber todo lo que necesitan para completar su formación, y como resultado falte curiosidad, especialmente asumiendo el aprendizaje teológico y la investigación. En tal caso, podemos recordar un aforismo atribuido a San Agustín: “Investiga como alguien que debe encontrar, y encuentra como alguien que debe investigar de nuevo”. Esto se refiere a la necesidad de una sed por el conocimiento, donde el esfuerzo nunca es en vano. Es también un reto para la persona no estar nunca satisfecha hasta que uno no haya alcanzado la perfección total. Como San Vicente podía haber afirmado, busca siempre “*hacer más*” (*davantage*).

En efecto, la tentación puede ser creer que la formación del Seminario Interno es suficiente para conocer a San Vicente y el carisma de la Congregación. Pero la noción de servicio de los pobres debe entenderse en el contexto, relacionada con el tiempo y el espacio. De esta manera, un Vicenciano debe ser versátil para responder a las llamadas de los pobres, que difiere de un tiempo y lugar con otro. Es esencial no tener una idea fija, inflexible, de servicio al pobre. No es adecuado que consideremos al pobre como propiedad nuestra, o el cuidado del pobre como nuestro talento exclusivo. Toda la Iglesia, siguiendo a Jesucristo, Evangelizador de los pobres, está llamada a comprometerse en este servicio.

En vista de esta situación compleja, puede ser beneficioso iniciar la idea con nuestros estudiantes de asumir sus responsabilidades en formación con más seriedad, tanto individualmente como por parte de sus iguales. En efecto, los estudiantes son más abiertos con frecuencia entre ellos mismos que con los formadores, y pueden poseer una actitud para crear un lugar de formación saludable y fraterno. Esta idea puede estar yuxtapuesta con esta otra mentalidad: *aquí todos somos estudiantes en formación, así que ¿quién pretenderá corregir a sus colegas? Si revelo los errores de mis hermanos ¿soy responsable de las consecuencias de su despido?* Si esta ficción fuese verdadera, parecería que todos podrían terminar sus años de formación sin problemas. Pero ¡qué pena!

Precisamente por esa razón, es necesario comprometerse siempre en la formación, desde el estudio en el centro de filosofía, hasta los años del Seminario Mayor. Esto aparecerá en estos lugares según las etapas y métodos de enfoque que facilite una realización de etapas necesarias y progresivas de formación para promover la madurez humana en todas las áreas. En culturas y lugares como África, donde el respeto mutuo es un principio importante, esto encaja bien en la tradición secular. La idea de considerar etapas de formación debe implementarse sin dudar e incluso a la luz de los retos que pueda presentar a una cultura específica o grupo étnico.

Para crear un sentido de respeto mutuo y animar a los jóvenes a asumir la responsabilidad para su formación, hay que inculcarles un

fuerte sentido del deber y la libertad de llevarlo a efecto. Si un misionero joven en formación se da cuenta o conoce el riesgo de desviaciones de la vivencia propia de las metas de la formación en la vida de uno de sus hermanos, es responsable de compartir con él lo que haya visto. Si el misionero tiene en cuenta su consejo, ha triunfado en su misión y puede esperar con humildad que otros vengan y le ofrezcan la corrección fraterna. Por lo demás, tiene un deber de notificar a los formadores, para que puedan realizar una acción apropiada y oportuna. Pero si rehusase emprender una acción y acepta en silencio el error de otros, se equivoca, y tendría que preguntarse si debería seguir en la formación. En la parte opuesta del espectro, si un misionero-estudiante corre a sus formadores ante el más pequeño error de otro de sus hermanos, sin haberse interesado previamente en la corrección fraterna con su compañero estudiante, se equivoca. Este tipo de comportamiento mezquino puede arruinar la atmósfera de la comunidad, y trabajar contra el logro de cualquier formación significativa.

Es importante insistir en que la vida del misionero como un sacerdote ordenado no comienza solo en el momento de la ordenación. Ciertamente, como se ha mencionado anteriormente, puede ocurrir a veces que los seminaristas esperan al momento de la ordenación para pasar antes que manifiesten completamente lo que son realmente como personas. Después de ese momento, es demasiado tarde para corregirlos, incluso aunque hayan aceptado la corrección fraterna. En verdad, algunos se atreven a decir que como ya no están más en el seminario, no necesitan que se les diga lo que tienen que hacer. Uno puede escuchar este tipo de mentalidad expresada así: *“Ya no estoy en el Seminario; ahora, todos somos sacerdotes, por lo tanto no es adecuado corregirnos el uno al otro de nuevo”*.

Es igualmente importante subrayar el significado adjuntado a los antecedentes de los misioneros jóvenes de su familia de origen y tradiciones étnicas y culturales para comprender y contextualizar lo que significa ser un sacerdote Vicenciano. De hecho, es también adecuado explicar el significado de este dinamismo específicamente con relación al voto de obediencia. Es más, existe una clara diferencia entre servicio servil y noble: las diferencias se interpretan de forma distinta entre hombres, y esto afecta a su comprensión en el contexto espiritual y religioso (entre la persona y Dios) de otra parte. Por servicio servil, se quiere decir tener una obligación o deber, hecha con frecuencia contra su voluntad para cumplir sus responsabilidades con la comunidad o apostolado. Pero el ideal más alto, el del servicio noble, se hace con amor y alegría, sin esperar nada mayor.

En resumen, no es fácil asumir la misión de entrenar a nuestros misioneros jóvenes en el seminario mayor. De esta manera, uno puede entender la respuesta negativa cuando a alguien se le pide asumir este difícil apostolado. Otros pueden plantear condiciones después de haber

sido entrenados para formadores. Buena voluntad para servir como formador no es suficiente; necesitamos misioneros educados con las cualificaciones correctas. Este último requisito con frecuencia falta, debido al problema de encontrar el personal adecuado en la provincia.

En términos del énfasis reciente por parte de la Asamblea General y el Superior General y su Consejo sobre el tema de cambio sistémico para los que viven en pobreza, tengo la sensación de que la *Ratio Formationis* no tiene un claro desarrollo sobre la materia. Sería, pues, importante desarrollar el tema en detalle como parte de un proceso de formación integral. En el seminario mayor, será útil incluir el estudio de la doctrina social de la Iglesia, derecho canónico y derecho civil para saber cómo responder a las injusticias de los que viven en la pobreza. Esto debería ocurrir no sólo en el aprendizaje de clases estructuradas, sino también en la formación de la casa para aplicar nuestro carisma Vicenciano de una forma muy particular.

Debe también advertirse que en ninguna parte en el capítulo 7 se hace mención de la inculturación del carisma Vicenciano. Desde el Vaticano II, sabemos que la inculturación es un componente necesario de la evangelización. Y la misión de la Congregación, cuyo punto central es la evangelización de los pobres, estará presente en todas partes. A veces es un concepto erróneo que el concepto de inculturación se aplique solo a las provincias y regiones establecidas en lo que llamamos el mundo “en vía de desarrollo (Tercer Mundo)”. No obstante, debe advertirse que la “Tercera Iglesia” ha llegado a ser cada vez más importante en toda la Iglesia, incluida la Congregación, así que un debate y alguna reflexión sobre el concepto de inculturación resulta ser un tema significativo.

Sin embargo, con frecuencia nuestros pensamientos se centran en el Hemisferio Norte con realidades tales como la falta de vocaciones y el número decreciente de misioneros, que exige la reconfiguración de Provincias. Estas son realidades innegables del momento, pero esto no debe impedirnos ver otras realidades. Sin embargo ¿no sería posible mirar las cosas de forma distinta que enviar siempre personas a servir donde no hay vocaciones? De esta manera, sería factible tener un programa de formación conjunta donde las vocaciones son florecientes, y enviar misioneros a servir en lugares donde existe una necesidad.

Es más, en algunos lugares donde las vocaciones son florecientes, estamos obligados a limitar el reclutamiento de jóvenes por falta de recursos para apoyar la formación. En otros lugares, los miembros laicos de la Familia Vicenciana están llamados a ayudar a superar la falta de sacerdotes misioneros, sin hacer una llamada a otras provincias donde pueden tener misioneros para enviar. Uno puede imaginar que en todos estas provincias florecientes, los hombres que son también miembros de nuestra Congregación enviarían misioneros sin dudarlos donde exista la necesidad. Así que no sería demasiado difícil imaginar

una apertura simplemente a compartir el espíritu misionero con otros. Hacemos ya esto con la cooperación interprovincial, pero podemos ir más allá, intentar este objetivo de una forma global en la Congregación.

Es importante observar que nuestros jóvenes deben ser conscientes de los recursos financieros que se gastan para su tiempo de formación, compartiendo con ellos los ingresos y gastos de la Comunidad. Sin embargo, es necesario cultivar durante la formación una mentalidad realista cuando llegamos a los bienes temporales. Con frecuencia nuestros jóvenes estudiantes pueden esperar todo de la provincia, sin hacer ningún esfuerzo real por contribuir o participar en la vida de la comunidad. ¿Por qué no exigirles comprometerse en trabajos manuales, o en la producción de bienes materiales para la casa y, durante las vacaciones, emplearse en alguna otra actividad remunerada para que contribuyan al bien del apostolado? Cuando se hace de esta forma, la idea de la auto-financiación no les parecerá demasiado extraña. Además, será más fácil para ellos comprender las realidades económicas de gestionar una casa o un apostolado en lugares adonde ellos irán después de la ordenación. De otra manera, pueden terminar ignorando la propia administración de los fondos comunitarios y bienes temporales, que puede ser peligroso para ellos y para la Provincia.

Brevemente, la formación en el seminario mayor debe ayudar a los candidatos a darse cuenta de que la vida sacerdotal no está solo en su futuro, sino en el presente, especialmente durante el tiempo del seminario mayor. Esto justificaría la importancia de enseñar responsabilidad a nuestros jóvenes estudiantes hoy, para que estén bien preparados para el futuro. Sabiendo que están en esta etapa crítica de la formación inicial, y que necesitan la guía habitual de sus formadores, tenemos que esforzarnos por conseguir el correcto equilibrio en las responsabilidades que se les ha dado. Esto no quiere decir que toleremos que hagan lo que quieran. Necesitamos jóvenes que han decidido comprometerse con su propia formación. En esto, la franca enseñanza de Jesús será la norma. “El que quiera venir en pos de mí que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga” (Lc 9,23). Pero recordar también que cuando amamos de verdad, podemos pedirlo todo, incluso las tareas más difíciles.

Traducido del inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.